



Santiago Eximeno

el cruciforme

ilustrado por Pedro Belushi

Colección

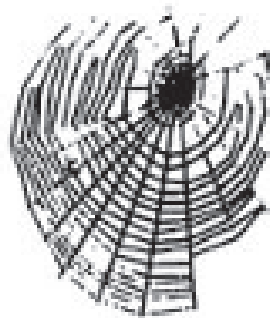


Taradaña



Presenta

Colección



Taradaña

¿Quién es el Cruciforme?

Santiago Eximeno

Pedro Belushi

Créditos

¿Quién es el Cruciforme?

Segunda Edición: enero 2015

Código: 9785400038635050046

Textos: Santiago Eximeno

Ilustraciones: Pedro Belushi

Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente

Corrección de estilo: David Jasso

Edición: Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A CP 50006 Zaragoza

www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (ww.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

De Pedro Belushi:

*Para Elena, que siempre ha creído en mis sueños,
y para Alejandro y Laura, cuya imaginación parece
no tener fin y siempre me sorprenden*

De Santiago Eximeno:

*Para María Jesús y Alicia. Sin ellas, yo sería el
Cruciforme.*

Agradecimientos

*Esta obra nunca hubiera sido concebida sin
Alberto García-Teresa, que cree en el género tanto o
más que nosotros mismos, sin Pedro Escudero,
David Jasso, Miguel Puente y Juan Ángel Laguna
Edroso, que nos dieron el empujón definitivo, y sin
Rosa Crux, que nos acompañaron en las tinieblas.*

Prólogo

Hace más de quince años conseguí por primera vez un carné de investigador en la Biblioteca Nacional de Madrid. Tan joven y estúpidamente romántico como era, me entretuve en cuanto penetré en ella –entonces sin sus detectores de metales ni sus bolsas transparentes para el ordenador– más tiempo en sentirme todo un investigador de Arkham, entre los rancios anaqueles y el silencio apolillado, que en consultar las cuatro inutilidades que en aquellos días me parecían tan trascendentes. El efecto «Verne» o «Royal Society», o como queramos llamarlo, terminó tras el agobio por conocer los tediosos mecanismos de petición y recogida de libros, más la cansina espera hasta que los trajeran desde quién sabía qué remotas cavernas suburbanas. La burocracia vence sobre los espíritus más líricos.

Así que fue tan inesperado y poderoso el aburrimiento y, aun mayor, el desvanecimiento de la poeticidad de la situación que decidí probar suerte con una búsqueda que tantos otros investigadores, antes y después que tu humilde relator, habrán iniciado entre aquellas vetustas paredes.

Cayó aquella primera visita a la BN en los últimos años en los que el acceso al catálogo se realizaba todavía a través de unos mueblotes cúbicos, de madera ruda, de color tan indefinido como innoble, de donde se extraían estrechos y largos cajoncillos repletos de fichas de cartón. Muchas de ellas habían sido ya completadas a máquina por secretarias quizás ya muertas, pero aún encontrabas no pocas entradas escritas a mano por quién sabe qué espectros remotos, sin duda anteriores a cualquier referencia escrita por humanos. Aburrido y perezoso para cualquier obligación, mas inquieto y perseverante para cualquier irresponsabilidad —como siempre he sido—, caminé con la punta de mis dedos ficha tras ficha, cajón tras cajón, convencido de que no encontraría la referencia imposible. Sin embargo, ¿cuál fue mi sorpresa cuando por fin di con la ficha del *Necronomicón*, escrito por el árabe loco Abdul Al-Hazred

Juro que no es fruto de una manera retórica de comenzar un prólogo ni se trata del recurso fastidioso y torpe de recurrir al jodido Lovecraft, a quien ya podemos dejar flotando por los abismos insondables de la mano de Nyarlathothep o del puñetero August Derleth, que ya es hora. Lo

importante de esta anécdota personal fue que mi pudor y mi materialismo innato –poco dado a los idealismos flipados– me impidieron rellenar una hojita, llevarla al mostrador y solicitar el susodicho grimorio.

He vuelto docenas de veces allí y no solo jamás me ha dado por pedir un libro que de sobra sé que no existe y cuya ficha introdujo algún bromista con mucho tiempo libre, sino que ni siquiera lo he buscado en el catálogo informatizado actual. (Seguro que allí se encontrará también la ficha de otro libro maldito: *El rey de amarillo*, tantas veces citado por Robert W. Chambers. Tampoco pasó por mi mente pedirlo.)

Del mismo modo, jamás he pronunciado varias veces la palabra *Candyman* frente a un espejo, aunque sí debo reconocer que he pedido en voz alta durante una sesión de ouija, en la que hacía de médium, que el espíritu invocado provocara un derrame cerebral a un amigo que estaba tocándome los cojones frente a dos chicas a las que intentaba ligarme. ¡Y he conducido a toda leche por la curva donde se aparece la tipa esa, la autoestopista, que te anuncia tu accidente mortal antes de fostiarte contra un árbol!

En fin, ni a la tipa debí de gustarle ni mi colega palmó en la sesión de ouija ni las bibliotecarias habrían cursado siquiera la petición de mis libros soñados. Cabezoneras que tiene la realidad... ¿Qué se le va a hacer?

Ahora bien, a pesar de tu escepticismo natural, ¿jamás has deseado, amable lector, que existieran tales obscenidades? ¿Nunca has soñado tras una sonrisa mal contenida con abrir aquellas páginas malditas, con leer un solo párrafo (bueh, por un párrafo no va a pasar nada, ¿verdad?) o con enseñárselo a tus amigos un día que vengan a casa?: «Este es el cenicero que compré en Mérida y aquí tengo mi *Necronomicón*, que compré en la librería de viejo de ahí, de la calle Hermosilla, ¿a que mola?, no, no lo toques que es que está maldito».

No me digas que no, porque no hay quien te crea. Lo has deseado, se te ve en la cara.

Sin embargo, no pasa lo mismo con el Cruciforme.

¿Pretendo hablar sobre si creo o no creo en la existencia del Cruciforme? No quiero hablar de eso. Lo que quiero decir es que sobre la existencia del Cruciforme no se frivoliza.

Cuando Santiago Eximeno me pidió este prólogo, jugaba con ventaja, porque yo tenía dos razones para escribirlo: una sólida amistad (Santi es un tipo al que conviene tener de amigo, pues trata con gente oscura a la que yo por lo general no entiendo) y una obsesión casi enfermiza por sus microrrelatos, especialmente por los de este volumen. La primera razón no importaba demasiado: tras pasadas experiencias, he jurado no presentar jamás un libro ni escribirle un prólogo si no me encantaba, aunque me lo pidiera mi propio hermano. No basta con que me guste; no, debe encantarme.

La segunda razón era inapelable. Estoy obsesionado con el Cruciforme.

Sé por qué.

Sé que se trata de la manera en que Eximeno no lo describe (y que me perdone, pero, entrando en materia, no me atrevo a mantener el tuteo).

Esta afirmación puede crear confusiones, así que la explicaré. Quizás algunos de los lectores habrá oído o leído sobre los tres tipos de terror, en alguna conferencia de David Jasso o en algún libro de Stephen King, por ejemplo: el del gato enfurruñado (equivale al susto con golpe de música o sonido

estridente), el de masa viscosa con muchos tentáculos (equivale al de masa viscosa con muchos tentáculos) y el de puerta semiabierta (equivale a lo que nuestra imaginación anticipa, más horrible aún que el posible efecto que la dispara). El *Necronomicón*, *El rey de amarillo*, la leyenda urbana y el espíritu de la ouija pertenecen al terror de puerta semiabierta. Las tendencias políticas en España, por el efecto que me producen, pertenecen a la masa viscosa con muchos tentáculos. Películas como *Pesadilla en Elm Street*, al del gato enfurruñado.

Las acciones del Cruciforme no pertenecen a ninguno de esos horrores.

No es un horror desesperado, intenso, brutal... como el del golpe estridente y el estallido de sangre que no esperábamos.

No se trata de la parálisis que nos crea la visión de una criatura aterradora, con muchos dientes, que se acerca rugiendo hacia nosotros.

No nos habla de algo cuyas consecuencias en nosotros mismos no acabamos de imaginar, pero que nos aterrorizan por el miedo a lo desconocido.

Sin embargo, las historias del Cruciforme contienen en sí mismas los tres horrores: la sorpresa violen-

ta, la criatura aterradora y el miedo a lo desconocido. Pero su fuerza, en mi opinión, no se encuentra en ellas, meras consecuencias de un horror mucho más eximeniano.

El horror de las historias del Cruciforme aparece en la belleza que entendemos a través de su realidad: entendemos que el dolor y lo malsano poseen un lado hermoso y, por supuesto, deseable. Pero, al mismo tiempo, a pesar de que se trata de relatos en tercera persona, la insistencia en la regularidad de la crueldad del Cruciforme –que seguramente Él no entiende como tal–, su cotidianeidad, la manera en que el lector se acostumbra a su presencia puede despertar la misma sensación de una segunda persona, de un aviso de Eximeno y Belushi sobre la próxima llegada de algo que respira ante nosotros.

Y ahí rompe de nuevo con la casa embrujada, el vampiro, el libro maldito, la puerta semicerrada: el Cruciforme no acecha tras nuestro hombro mientras leemos, como en el relato de Fredric Brown. Mientras leo los relatos del Cruciforme, jamás me atrevo a levantar la vista, pues sé a ciencia cierta que sentado tranquilamente en el sofá junto a mí, con su cerveza a medias, quizás riéndose ante un mal programa de televisión, como un niño feliz, el Cruciforme espera

a que termine de leer.

¿Cómo es que vivo los relatos de Eximeno, en mi experiencia personal, de una manera tan diferente a los de toda la tradición en la que Eximeno se basa: Machen, Campbell, King, Barker...?

Lo que me advierte de que el Cruciforme es real, de que me aterra, de que no lo encontraré archivado juguetonamente en una biblioteca, de que con él no habrá una prueba cuya superación me salvaría, lo que me recuerda que mi opinión sobre la existencia del Cruciforme no importa nada... es la sencillez, el lirismo, la belleza y la naturalidad con la que se me explican sus hechos.

Pues los relatos sobre el Cruciforme han sido escritos de una manera inusual en la literatura tradicional de terror, al combinar tres estilos: el del cuento de hadas, el de la noticia periodística y el del lenguaje publicitario.

Ante su lectura, me encuentro de algún modo acostumbrado a la relación del cuento de niños tradicional con el relato de terror, pues ya he leído ejemplos tan conocidos como los cómics de *Sandman*, de Neil Gaiman. Cualquier aficionado sabe, incluso, que los cuentos de hadas contenían en

sí mismos elementos aterradores cuyo beneficio para la educación infantil está más que demostrada desde estudios como los de Bruno Bettelheim, en su *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. En este sentido, en cada microrrelato sobre el Cruciforme se me presenta a un protagonista llamativo, por lo general de cierta ternura –a menudo, enfermiza ternura–, con un lenguaje a menudo tranquilizador, dulce, incluso a veces cariñoso. Pedro Belushi ha entendido esta línea y en varias de sus ilustraciones recoge esta combinación entre el mundo infantil y la malsana naturaleza del Cruciforme, para alegría de los grandes y los pequeños.

Su manera de informarme con concisión de un hecho puntual le aporta a cada relato cierto aire de noticia periodística, con el cual se evita que las simpáticas experiencias de los protagonistas queden perdidas en una fantasía onírica:

«Partiendo de materiales inverosímiles, Fabrice ha creado verdaderas obras de arte. Ha realizado exposiciones en Barcelona, Nueva York y Tokio, todas ellas aplaudidas por crítica y público».

Sobre todas las características de estos relatos, esta es la menos evidente, pero la más poderosa, en cuanto que juega con esa sensación incómoda de

que quizás el Cruciforme no sea real. Cuando realizo mi macabro pacto de lectura con Eximeno y Belushi, el cuidado lirismo de las palabras y la distorsión de las imágenes –succionada, por supuesto, desde las distorsiones de las almas de los protagonistas– juegan con la misma sensación de muchos relatos de ficción. Sin embargo, la manera directa de explicarme los hechos vuelve a traerme a la realidad del Cruciforme como me trae a la realidad la noticia de que un niño ha muerto en un hospital por una negligencia o de que numerosos ancianos sufren años de tratos vejatorios en una residencia de mala muerte.

Por último, esos hermosos colores, esas hipnóticas ilustraciones, esas deliciosas miradas confidentes de las ilustraciones de Belushi comparten la alegría de vivir de la publicidad del último anuncio del año, de las luces de Navidad, de los anuncios de colonia, de esos carteles de carretera de vivas letras de neón que esconden bajo su oferta de felicidad un trágico accidente mortal.

Lo más pavoroso del Cruciforme es que me fascina, que el libro que tengo en mis manos funciona como una tarjeta de presentación de alguien que quiere que le invite a entrar en mi casa

para que juegue con mis muñecas. Y con mis manos. Y con los coágulos de mi cerebro. Pero, como si de una tarjeta de cumpleaños se tratara –que, entre joviales letras y chispeantes sonrisotas de conejitos y duendes, me recuerda que me queda un año menos de vida–, como una tarjeta de cumpleaños acompañada de tartas y felicitaciones, me atrae, me invita a festejar lo que no quiero festejar, me cubre de besos que no quiero recibir pero que recibo con absoluto agradecimiento hacia esa amiga que me odia o ese amigo que me ha traicionado, el Cruciforme me hace suyo. Le quiero; quiero refugiarme en sus brazos, en su vientre, en su sangre, aunque sé que no está bien. Y que dolerá. Así que, amable lector, es este libro una preciosa tarjeta de cumpleaños que el Cruciforme me concede con una tímida sonrisa antes de entregarme su regalo.

No sé si has entendido ya, amable lector, la diferencia entre ese *Necronomicón* cuya referencia encontré en la Biblioteca Nacional, esa sesión de ouija contra un amigo, ese fantasma de carretera que forma parte de todo el pueblo... y el Cruciforme. La diferencia es que todos esos horrores se comparten, se sueñan y se desvanecen sin que los disfrute en exclusividad, mientras que el Cruciforme es solo

para mí. Me quiere más que a ti, más que a Eximeno o a Belushi, quienes solo han hecho lo que debían hacer: mimarle como a un niño, dejar constancia de sus hechos, extender su Palabra a quienes aún no creen.

Con este breve análisis en forma de prólogo, espero haber convencido al lector de lo más importante a la hora de entender por qué aterrizan los microrrelatos sobre el Cruciforme: Belushi y Eximeno no permiten que olvides que el Cruciforme es real, pero sobre todo os recuerdan a todos que el Cruciforme me quiere mucho más a mí que a ti o que a ti o que a ti.

Y sé que me lo demostrará.

Fernando Ángel Moreno
Universidad Complutense de Madrid

alfie

Alfie siempre ha sido amigo del Cruciforme.

Si hay algo que caracteriza a Alfie, es su fidelidad. A pesar de todo lo ocurrido, Alfie siempre se ha mantenido al lado del Cruciforme; al fin y al cabo, el Cruciforme era su amigo. Alfie no sabe lo que significa la palabra reciprocidad, pero siempre se ha entregado en cuerpo y alma a su amigo.

Alfie ama al Cruciforme.

Aunque este le haya golpeado con brutalidad, le haya arrancado un brazo con sus manos y después, con una sonrisa sardónica, haya devorado lentamente su miembro amputado, degustándolo, deleitándose con su sabor, con su olor.

Alfie no sabe qué significa la palabra sardónica.

En cualquier caso, no importa, porque Alfie ha perdonado al Cruciforme. Solo siente hacia él cariño,

amor, adoración. Collie y Nivie sienten cierta repugnancia cuando hablan con Alfie. Sienten que están ante alguien capaz de aguantar cualquier cosa, alguien sin espíritu, alguien que solo merece lástima.

Alfie sí sabe lo que significa la palabra lástima.



Berenice

Berenice odia al Cruciforme.

De pequeña, cuando sentía que uno de sus dientes de leche temblaba, corría llorando a decírselo a su madre. Ella sonreía, cariñosa, y le recordaba que no tenía que preocuparse, pues nuevos dientes le crecerían y, si se comportaba como una niña mayor, vendría el Ratoncito Pérez y le cambiaría su diente por una moneda de oro. Berenice asentía agitando la cabeza arriba y abajo, y cuando el diente caía, lo colocaba con cuidado debajo de su almohada, esperando su premio.

El Ratoncito Pérez acudía presto a su cita cada noche. Berenice despertaba con una moneda de oro bajo su cabeza y una sonrisa mellada, una sonrisa que, con el tiempo, volvería a estar completa.

Un día su madre conoció al Cruciforme. Ese día ella entró en su cuarto con unas tenazas y, uno a uno, le

arrancó todos sus dientes, ajena a sus lloros, a sus arañazos, a sus súplicas, a la sangre y la saliva y las lágrimas. Después, mientras Berenice gritaba y clavaba las uñas quebradas en la pared, su madre le entregó los dientes al Cruciforme.

Desde entonces, Berenice deja trampas para ratones por toda la casa, con la esperanza de atrapar al Ratoncito Pérez y recuperar, al menos, sus dientes de leche.

Berenice no conoce trampas que puedan atrapar al Cruciforme.

